

RECUERDO DE EUGENIO VEGAS LATAPIE

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

Si en cualquiera de nuestros Congresos cabe evocar la figura de Eugenio Vegas, creo que en ninguno es más pertinente que en éste, dedicado a la doctrina social católica. Por ella, o mejor, como a él le gustaba decir, el derecho público cristiano fue el motor de su actividad para conseguir la soñada meta de su implantación social.

Si fue monárquico, que efectivamente lo fue, no era por razones de afectos dinásticos, de vanidades aristocráticas o de sentimentalismos pueriles. Pensaba que una monarquía católica y tradicionalista era la única que podría servir al derecho público cristiano, que sería, así, la norma de convivencia aseguradora de la paz y de una vida digna en una patria que amaba entrañablemente.

Y a ello consagró su existencia. Como con votos religiosos. Será difícil encontrar, aun entre personas consagradas a Dios, una entrega al cumplimiento de lo que entendía su deber como se dio en Eugenio Vegas. Desde muy joven, mejor aún, siendo niño, en unos ejercicios espirituales escuchó una frase que decidió su vida. Era de San Pablo: «Si comiereis, si bebiereis, hacedlo en memoria de Cristo». Y conjugada con el «A mayor gloria de Dios» ignaciano fue el programa de toda su actividad futura. Por eso actuó en política. Por eso conspiró. Por eso se retiró de la política cuando comprendió que ya nada podía hacer en ella *ad maiorem Dei gloriam*.

En las innumerables charlas que con él sostuve durante veintisiete años ininterrumpidos, a solas o con otros contertulios, le

oí en múltiples ocasiones perorar contra la pérdida del tiempo. Estaba convencido de que era grave responsabilidad de la que se habría de dar cuenta, desperdiciar las horas en otra actividad que no fuera el servicio de Dios. Admitía algunas diversiones, pero solamente como descanso para recobrar fuerzas y de nuevo entregarse a la lucha por la causa.

Y aun esas diversiones parecen sacadas de un manual de ascetismo. Cuando era joven, deporte, tenis, natación y largos paseos. Y, siempre, hasta el final, la música. En bastantes ocasiones, al llegar a su puerta, oía los sonidos de su querido violín que le relajaba entre libro y libro que era, en sus últimos años, su actividad constante, apenas interrumpida salvo por sus prácticas de piedad.

También aliviaba sus estudios de historia y teoría política, en los que había llegado a conocimientos realmente impresionantes, sobre todo del período que va desde la Revolución francesa hasta nuestros días, y en particular de la historia de Francia, con otras lecturas que le servían de descanso espiritual: Poesías y vidas de santos.

Dotado de una prodigiosa memoria, conocía íntegramente centenares de poesías de sus autores favoritos: Jorge Manrique, Lope, Calderón, Rubén, Pemán, del Río Sanz... y algunos franceses. Y pasaba ratos y ratos con sus santos. El cura de Ars, San Pío X, las Teresas de Jesús y de Lisieux, García Moreno, al que consideraba en el cielo... Cuando la última enfermedad había minado ya sus energías y apenas podía sostener un libro le acompañaba la biografía de las tres carmelitas de Guadalajara que, en 1987, a los cincuenta años de su martirio, van a subir a los altares. Por el Carmelo tuvo siempre una especial devoción. Y amortajado con su hábito espera la resurrección de los muertos.

Este hombre singular, a los quince años tenía ya decidido el rumbo de su vida. Estudiaría la carrera de Derecho, pues consideraba que era la más indicada para llevar a cabo sus propósitos de difusión y defensa del derecho público cristiano. Y a esa edad conoce dos movimientos políticos que le influirán decisivamente: El integrismo, a través de *El Siglo Futuro*, que le

hará admirar y compartir la doctrina del tradicionalismo español. Y el que en Francia acaudillaba Maurras con notable y creciente éxito, que le entusiasmará con la *Acción Francesa*.

Y hasta los setenta y ocho años, edad de su fallecimiento, permaneció fiel a ese descubrimiento juvenil. Sus infinitas lecturas, la experiencia histórica que le tocó vivir con conocimiento personal de casi todas las figuras de la vida política española: Alfonso XIII, Franco, don Juan y don Juan Carlos de Borbón, Niceto Alcalá Zamora, Calvo Sotelo, José Antonio, Carrero, Cambó, Sanjurjo, Mola, Maeztu, Pradera, Serrano Súñer, Queipo de Llano, Yagüe, don Javier de Borbón-Parma, Ortega y Gasset, Tovar, Ledesma Ramos, Gil Robles, Angel Herrera, etc., no hicieron más que confirmar su idea de entonces. La monarquía tradicional al servicio de Dios, que es el mejor modo de servir a los hombres, modernizada con los argumentos maurrasianos anti-liberales y antidemocráticos.

Pero no se crea que Eugenio Vegas postulaba una monarquía absoluta como la vivida con la Casa de Borbón en España o en Francia antes de la caída del Antiguo Régimen. Su ferviente catolicismo repudiaba el regalismo de aquellos reyes, el galicanismo francés y la política de Carlos III que culminó con la expulsión de los jesuitas y el gobierno de los Campomanes, Florida-Blancas y Arandas.

Su modelo lo había ya descrito otro de sus admirados maestros, Donoso Cortés, cuando escribió: «La monarquía hereditaria, tal como existió en los confines que separan la monarquía feudal de la absoluta, es el tipo más perfecto y acabado del poder político y de las jerarquías sociales. El poder era uno, perpetuo y limitado; era uno en la persona del rey; era perpetuo en su familia; era limitado, porque dondequiera encontraba una resistencia material en una jerarquía organizada».

Esa era la monarquía de Eugenio Vegas. Nos lo repitió mil veces a los jóvenes que acudíamos a su tertulia dominical en el domicilio de Gurtubay, 5. Lo había postulado desde las páginas de *Acción Española*. El no quería la restauración de la monarquía que cayó, por sus yerros y sus pecados, el 14 de abril, en

la que el monarca era un rey poste o un agosto cero. Tenía grabada en el alma la vieja sentencia isidoriana del *Rex eris si recte facies; si non facies, non eris*. Serás rey si obras rectamente; si no, no lo serás. Por eso propugnaba la instauración de una monarquía a la vez vieja y nueva que en nada se pareciera a una república coronada. Y ello explica su ostracismo final. Porque eso nada tenía que ver con sus ideales y sus esperanzas.

Los reyes que él admiró eran reyes santos como san Fernando y san Luis. Eran reyes mártires como Luis XVI en el patíbulo. Eran reyes al servicio de Cristo, como Isabel la Católica, el emperador Carlos y Felipe II. O eran reyes que preferían renunciar al trono a pactar con la revolución, como el conde de Chambord.

Esa era su monarquía. Esos eran los reyes a los que estaba dispuesto a dar hacienda y vida y que no comprometían el honor, porque ese patrimonio del alma estaba a salvo y seguro sirviéndoles, ya que ellos servían a Dios. Esos eran los reyes por los que Eugenio pensaba que valía la pena luchar, que valía la pena morir y que valía la pena gritar ¡Viva el rey!

Porque su verdadero rey era Cristo. Y sólo de El era incondicional. No creo que hubiera en España nadie que tuviera tan profundo conocimiento de las encíclicas pontificias como Eugenio Vegas. Entre ellas, la *Quas primas*, de Pío XI, la encíclica del reinado social de Jesucristo Rey, le era, si cabe, más especialmente entrañable que las demás. Pues ese era su programa. Por eso, cuando convencido de que por la política a su alcance no podía conseguir el reinado de Cristo Rey dedicó su esfuerzo a presentarlo a cuantos quisieran conocerlo. No es por eso de extrañar que el primer libro que *La Ciudad Católica* publicó, traducido por Eugenio Vegas, fuera *Para que El reine*.

De la actividad desplegada por aquel joven capitán jurídico, que pronto ganaría también las oposiciones de Letrado del Consejo de Estado, en defensa y propaganda de sus ideales, os podría hablar años. En el tomo primero de sus *Memorias*, ya publicado, y en el segundo de inminente aparición, está recogida la inmensa tarea. A ellos me remito.

Pero conviene hacer hincapié en la situación con que se enfrentó Eugenio Vegas. Llega a Madrid, de modo definitivo, en 1930. La dictadura acababa de caer abandonada del rey y de todos. Y la monarquía agonizaba ante los impunes embates republicanos. Todo lo que parecía intelectualidad y progreso estaba en contra del tinglado artificiosamente montado por Cánovas algo más de medio siglo antes y que ahora parecía llegar a su fin.

Proclamarse monárquico en aquellas condiciones era más que arriesgado, heroico. Y católico, lo mismo. La Universidad, las Academias estaban en manos de la Institución Libre de Enseñanza o de personas todavía más radicales. Maeztu, tras su «conversión», estaba olvidado de todos. Los grandes periódicos, salvo el *ABC* y *La Epoca*, este último de reducida tirada dirigida a la aristocracia madrileña, propugnaban el cambio de régimen y el cambio de España. Y aun el *ABC* y *La Epoca* si permanecían fieles a Alfonso XIII lo era en su carácter de rey liberal, lo que precisamente rechazaba Eugenio Vegas.

Sus amigos eran unos cuantos jóvenes de la Juventud Monárquica y de los propagandistas católicos de Angel Herrera. Todos ellos recientemente conocidos. Percatado del absoluto desarme intelectual de las derechas, que era lo mismo que decir la España católica, entiende que la primera y más urgente tarea es agrupar a los intelectuales dispersos para presentar abierto combate a la Revolución. Y a esa tarea se consagra. Tenía veintitrés años.

Cualquier observador objetivo de la situación hubiera opinado, con toda razón, que se trataba de un sueño juvenil de un provinciano inquieto, destinado al más absoluto fracaso. Pero eso era desconocer la férrea voluntad y la preclara inteligencia de Eugenio Vegas puestas al servicio de un ideal que le absorbía por completo.

Buscó a las personas una a una y los resultados pronto empezaron a palpase. Y desde el primer momento fue patente una extraña característica de su personalidad: su extraordinaria influencia en las personas que iba conociendo.

De presencia física discreta, sin relaciones sociales ni dinero,

carente de dotes oratorias, sin pluma ágil —sus escritos de aquella época, que fueron muchos y de buen estilo literario, le costaban gran trabajo—, con muy pocos años, sólo con el respaldo de una brillante oposición, no parecía persona destinada a obtener éxito en el agitado momento que se vivía. Claro que tenía otras virtudes, pero eran más difíciles de percibir. Una poderosa inteligencia, unas dotes organizativas fuera de lo común, una palabra fácil y convincente, no en mítines y discursos, pero sí en charlas y tertulias y, sobre todo, una fe inmensa en su tarea y una voluntad extraordinaria de llevarla a cabo, impelida desde sus profundas creencias religiosas. Y esto consiguió el milagro.

Maeztu se entregó el primer día en que Eugenio Vegas fue a visitarle. Y le doblaba en edad. Tras él Pemán, Pradera, Sainz Rodríguez, Montes, Calvo Sotelo, Javier Reina, Pemartín, Arrarás, José Ignacio Escobar, Juan de la Cierva, Vigón, el marqués de Lozoya, Vázquez Doderó...

El 14 de abril cayó la monarquía. En mayo los incendios sofocaron con el humo de las iglesias las ciudades españolas. Ya no quedaba la menor duda de lo que iba a ser la República. Todo parecía desmoronado. El primado de España, expulsado del país. Las derechas aterradas. La victoria republicana en las elecciones constituyentes, arrolladora... Y, sin embargo, cuando todo estaba perdido, Eugenio Vegas preparaba la reconquista de la España tradicional.

A fines de ese año ya estaba *Acción Española* en la calle. Eugenio Vegas reclamaba artículos, los censuraba y los escribía, organizaba conferencias y homenajes, planeaba actuaciones en los más diversos campos. Y, sobre todo, aglutinaba personas que se enamoraban de su empresa. A los ya citados se incorporaron, entre otros, en diversos momentos, académicos de la Española como Marquina, González Amezúa o Riber, el ilustre matemático Julio Palacios, Corts Grau, Pablo Antonio Cuadra, los generales Dávila y García de la Herrán, Pilar Careaga, el marqués de la Eliseda, Fernández Cuenca, los padres Félix García, Peiró y Menéndez Reigada, Castro Albarrán, García Valdecasas, Giménez Caballero, Goicoechea, Rodezno, Yanguas, Ruiz del Cas-

tillo, Sánchez Mazas, Castiella, Ramón Sierra, Lequerica, Aunós, López Ibor, Martín Almagro, los doctores Enríquez de Salamanca y Vallejo Nájera...

Gentes de todas las procedencias de la derecha española, desde monárquicos alfonsinos a carlistas, falangistas y de Acción Popular, colaboraron juntos, bajo la batuta de Eugenio Vegas, sin el menor roce entre ellos y al servicio de una España que muchos daban ya por muerta.

Desde *Acción Española* se devolvió a la derecha convicción, entusiasmo y voluntad de combate y de victoria. Se plantó decididamente cara a quienes pensaban que España era una gran equivocación histórica y su pasado un bochorno a olvidar. Se legitimó doctrinalmente el derecho al alzamiento, en contra de las conocidas tesis de Angel Herrera. Se demostró que ser intelectual y de derechas no era un contrasentido. Se dio a conocer a los españoles que grandes figuras extranjeras pensaban de idéntico modo. Que la religión no era una reliquia del pasado a extinguir. Y, en frase de Maeztu, que ser es defenderse.

Se reconquistaron los colegios profesionales. La Academia de Jurisprudencia, que con el Ateneo había sido un bastión revolucionario y la de Medicina. El Tribunal de garantías constitucionales. Y cuando se produjo el hundimiento de la CEDA, Calvo Sotelo, tan vinculado a *Acción Española* que en ella y por ella se produjo el vuelco espectacular de su pensamiento hacia las ideas antiliberales que sustentaba la revista, fue la gran esperanza política de una España nueva, truncada con su vil asesinato el 13 de julio de 1936.

Maeztu ingresaba en la Academia Española. Pemán estrenaba *El divino impaciente* con el inenarrable éxito que supuso además de la constatación de que el teatro podía ser de derechas. Montes se acreditaba como el gran descubrimiento del periodismo español. *La Epoca* y *ABC* parecían otros periódicos y apoyaban decididamente el movimiento nacional que renacía. Catedráticos que hasta hacía poco tiempo ocultaban cuidadosamente su ideología se incorporaban espontáneamente al grupo. Ya no era necesario que Eugenio Vegas tuviera que ir a sus domicilios a ex-

ponerles su proyecto. Eran ellos los que acudían en busca de un ambiente amigo.

El clima intelectual había cambiado. Frente al monopolio de la Institución Libre de Enseñanza se había alzado otra potente organización cada día más prestigiosa, fruto del trabajo, el tesón y la fe de Eugenio Vegas.

Y llegó una guerra espantosa e inevitable. En la España del Frente Popular no se podía vivir. El asesinato de Calvo Sotelo fue la gota que colmó el vaso. Pero ese vaso se había llenado antes de miles de gotas más. Asesinatos, quema de iglesias, asaltos de centros políticos, bombas, huelgas, atracos, incendio de misiones, ataques al Ejército y a la Guardia Civil...

La conspiración que el general Mola venía preparando estalla al fin. Y con ello una de las matanzas más atroces y gratuitas de la historia. Claro que en la España nacional hubo asesinatos. Lamentables y condenables. Pero sobre todo hubo ejecuciones de asesinos convictos y confesos de violaciones y muertes de monjas, de asesinatos de ancianos, de niños, de obispos, de sacerdotes, de gentes honradas y pacíficas, muertas muchas con atroces procedimientos porque iban a misa, tenían una hacienda, eran oficiales del ejército o leían el ABC.

Las llamadas «víctimas del franquismo», con excepciones evidentes y penosas, fueron una chusma de asesinos condenados por unos crímenes bárbaros que hubieran sido castigados de igual forma en toda sociedad civilizada de entonces.

En la zona roja no hubo ejecuciones. En el noventa y nueve coma nueve por ciento de los casos se trató de asesinatos. Yo puedo comprender, aun lamentándolo porque eran de los míos, la ejecución de un Goded o de un Fanjul, tras fracasar la sublevación en Barcelona o en Madrid. Un Consejo de Guerra de los vencedores que hubiera respetado escrupulosamente la legalidad no tenía otra alternativa que la pena de muerte. Pero eso no justifica ni disculpa Paracuellos, ni las chekas, ni, sobre todo, esas masacres realizadas en los pueblos manchegos, andaluces, valencianos, catalanes, murcianos, asturianos, aragoneses, extre-

meños de los que las lápidas de las iglesias o las cruces de las cunetas de las carreteras contabilizan miles y miles de nombres.

Acción Española contribuyó eficazmente a sostener el heroísmo de los sublevados y el de los mártires. No porque todos ellos fueran lectores de la revista, evidentemente, sino porque contribuyó de modo decisivo a levantar un espíritu que agonizaba. El espíritu de la España católica que tan en el alma llevaba Eugenio Vegas. Y ese espíritu revivió en los hijos de España cual si fuera un nuevo Pentecostés.

De todas las hermosísimas páginas de nuestra historia creo que ninguna hay más bella que la que se escribió entonces. Y algunos de los presentes la habéis vivido. Navarra, que es nombre como el de España que debía pronunciarse de rodillas, se convirtió en un inmenso campo de amapolas que confluyó en la plaza del Castillo, de Pamplona, por Dios y por la patria.

De todas las parroquias llegaban los mozos, y los niños, y los viejos para salvar a España y a la religión. Y venían con una cruz al frente y con el «detente» sobre el corazón. Hubo tercios de requetés en los que figuraban tres generaciones de una misma familia. ¿Os dáis cuenta de lo que significa eso? El padre y al lado el hijo y a su lado el abuelo. Y no defendían riquezas que no poseían, sino a Dios y a España.

Pero si bellísima fue la gesta de la España combatiente, más hermosa todavía fue la epopeya de la España sojuzgada por los sin Dios. La España que se inmoló por Cristo. La que fue al martirio, sin una sola apostasía, por amor a Dios.

No exagero. No son desvaríos de mi amor a España. Os lo digo de verdad. No ha habido nunca en los dos mil años de la historia cristiana romance más bello que el que hace medio siglo escribió una patria enamorada de su Dios. No lo ha habido nunca, nunca. Podéis escoger cualquier historia. Cualquiera. La de aquel obispo, la de aquel santo obispo, con la mano atravesada por una bala. La mano que bendecía a los que le asesinaban.

O la de aquellas monjas que marchaban cantando al encuentro del Esposo. Porque, ¡qué mayor gozo que acudir a reunirse con el amado! ¿Cómo odiar a las balas asesinas? U holocausto

sublimes como los de los claretianos de Barbastro, los Hermanos de San Juan de Dios... Los Hermanos de San Juan de Dios, entregados al alivio de los más pobres, de los más tristes, de los más necesitados. Por amor a Cristo. Y por eso les mataban.

¡Claro que hubo asesinatos por motivos políticos y sociales! Porque eran de Falange, o monárquicos, o ricos. Pero, ¡cuántos murieron también porque simplemente eran católicos!

España dió en un año, en seis meses, más santos que en toda una historia llena de santos. Que en toda la historia de los santos del mundo.

En esas páginas de gloria, que jamás han de borrarse en el libro de los cielos, figura también, por méritos propios, la obra de Eugenio Vegas: *Acción Española*. El cierre de la revista por Serrano Súñer y su cohorte de advenedizos filonazis impidió establecer la lista de amigos y suscriptores asesinados. Queda sólo la memoria de los colaboradores. De Maeztu, Pradera, Calvo Sotelo, Javier Reina, Alcalá Galiano, García de la Herrán, el Padre Gafo, el P. Véléz...

De alguno de esos asesinatos hay testimonios bellísimos. Como el de Maeztu, que marchó a la muerte con toda dignidad, después de haberse arrodillado ante un sacerdote compañero de cárcel al que pidió le absolviera de todos sus pecados, que fueron así doblemente lavados. Sacramentalmente y con su sangre. No abrigaba la menor duda sobre cuál era su destino y a él se encaminó con una luz de cielo en su clara mirada.

En la cárcel había estado escribiendo los últimos capítulos de la *Defensa del Espíritu*. Los primeros habían venido publicándose en *Acción Española* al igual que anteriormente su ya clásica *Defensa de la Hispanidad*. Capítulos que conforme se los iba entregando a Eugenio Vegas para su publicación, acostumbraba a decirle:

—Tenga, Vegas, hoy he estado trabajando para usted.

Era sin duda el reconocimiento del director de *Acción Española* al verdadero artífice de la misma.

Pues este vasco bueno, católico y español, a la llamada de los verdugos recogió las cuartillas que había escrito en la cárcel y

las guardó en el bolsillo de su chaqueta cual si fuera el único equipaje de su marcha hacia el encuentro con Dios. Quiso morir con su amada *Acción Española*: como si deseara llevarla al cielo.

Se ha dicho que en el momento supremo se encaró con sus asesinos diciéndoles: «¡Vosotros no sabéis por qué me matáis! ¡Yo sí sé por qué muelo! Para que vuestros hijos sean mejores que vosotros». Responden exactamente a sus anhelos de una España mejor, que sembró con inmenso cariño en *Acción Española* hasta regarla con su misma sangre. Pero yo creo que sus asesinos sí no sabían, al menos intufan por qué le mataban. Precisamente por haber sembrado, cuidado y amado esa semilla.

El asesinato de Víctor Pradera fue muy similar. Cuando se lo llevaban entregó unas cuartillas a su hija, diciéndola:

—Son para *Acción Española*.

Aquellos bárbaros se las arrebataron y tampoco han podido conocerse los últimos escritos de Pradera. Pero es hermoso para *Acción Española* y lo que significó que dos de sus más cualificados miembros fueran directamente de *Acción Española* a la gloria del Padre.

También en el lugar del sacrificio se dirigió Pradera a sus asesinos. Cogiendo un crucifijo que llevaba en el bolsillo se lo mostró a aquella chusma diciéndoles: «Este no muere. Y si os arrepentís, El os perdonará como yo os perdono».

Estos eran los amigos de Eugenio. Los que buscó uno a uno para incorporarlos a su combate por Dios y por España. Bien se comprende que hasta su muerte guardara de ellos un recuerdo que era verdadero culto a unos mártires.

En esa guerra, que para Eugenio fue auténtica Cruzada, no podía estar en un cómodo despacho de retaguardia al que por su rango de capitán jurídico tenía derecho. En tres ocasiones acudió al frente, de voluntario, ocultando sus estrellas. La primera vez a Somosierra. Después a la Bandera de Falange de Marruecos, que operaba en el durísimo frente de la Casa de Campo. Por último a la Legión, como simple legionario.

Después... He de reconocer que en ocasiones no compren-

día su absoluto pesimismo ante la situación. Me parecía que el futuro no podía ser tan negro como él lo pintaba cuando, sintiéndose fracasado en sus intentos de *omnia instaurare in Christo* por la política, se dedicaba a explicar al reducido núcleo de los amigos que le eran fieles lo que seguía considerando las únicas verdades de salvación.

Sin embargo tuvo, una vez más, razón. Todo aquel derroche de heroísmo y de martirio y cincuenta años después... ¿Los obispos de hoy? ¿Los sacerdotes de hoy? ¿Las monjas de hoy? ¿Los católicos de hoy? ¿Los políticos de hoy? ¿Los militares de hoy...?

Quienes tuvimos la suerte de tratar a aquel hombre extraordinario le oímos repetir innumerables veces frases que le eran especialmente queridas: «Son los errores, todavía más que los vicios, los que corrompen a los pueblos». Y hoy los españoles se han entregado al error. Que para Eugenio estaba, sobre todo, en alejarse de los mandatos de Dios. Personales y sociales. Porque él estaba convencido de que las sociedades y los gobiernos tienen deberes y el primero de ellos reconocer la suprema autoridad del que hizo el cielo y la tierra.

Para difundir esas verdades salvadoras fundó en España la *Ciudad Católica*. Él quería una ciudad católica. Profundamente antiliberal, sabía que no bastaban, para cumplir los designios divinos, unos ciudadanos católicos. Había de serlo también la ciudad, pues ella condiciona enormemente la vida y la conducta de quienes la habitan. Claro que se puede ser santo en el yermo, en las catacumbas o en las Babilonias actuales. Pero nadie pondrá en duda que ello será más fácil, aun para el santo, en un pueblo que respete, cumpla y venera la ley de Dios.

Y si eso es válido para el santo, ¿qué debiéramos decir para el común de los hombres, acosados por el vicio y el pecado bajo mil formas y todos los días hasta en su propio hogar gracias a la televisión? ¿Sabéis que uno de cada tres niños españoles ve esas películas «especiales» que Televisión Española ha programado a partir de la media noche una vez al mes? Ahí no hay sólo

un pecado individual de unos padres mentecatos sino, sobre todo, un pecado de la sociedad.

Como es un pecado social legitimar el divorcio, autorizar el aborto, eliminar a Dios de la escuela, tolerar la pornografía, constituir la sociedad como si Dios no existiese. Contra eso fue la lucha de Eugenio toda su vida.

El no creía que los pueblos tienen los gobernantes que se merecen, sino, más bien, que los pueblos son lo que quieren sus gobernantes. También le he oído mil veces aquello de que el pueblo español era el mismo bajo Enrique IV que, unos años más tarde, con su hermana la gran Isabel la Católica. Pero, «jugaba el rey, todos tahúres; estudiaba la reina, todos latinos». Y qué cierto fue.

A esa tarea, que exige la santificación individual y que la trasciende a la santificación social, es a lo que nos convoca Eugenio Vegas. Y no hay hoy mejor servicio que podamos prestar a Dios y a España. Hombres como él se dan pocos en la vida de los pueblos. Pero ello no nos excusa de poner nuestros talentos, aunque sean mucho menores, a rendir por la causa de Dios.

Por encima de nuestras debilidades y flaquezas sabemos que es nuestro deber católico y que los santos de España, la Virgen de España, el Dios de España estarán a nuestro lado. El Dios de Eugenio, al que consagró su vida y al que diariamente recibía en el sacramento eucarístico. La Virgen de Eugenio, a la que todos los días rezaba el rosario y en mayo las oraciones del mes de María. Los santos amigos de Eugenio, a los que fue a unirse apenas hace un año como siervo bueno y fiel. Ellos y él están hoy pidiendo a Dios por España. Pidiendo a Dios por nosotros.